

'Baroja & yo', la colección del sello navarro Ipsy Ediciones, suma su libro número 16, 'Del balneario al monasterio'. Su autor es el escritor pamplonés Manuel Hidalgo, que ha encontrado un hilo que le une con el célebre novelista 80 años después.

Hilvanando a don Pío con Manuel

LAURA PUY MUGUIRO

Pamplona

CUANDO aquella tarde su padre entró en la habitación para saber qué hacía, Manuel Hidalgo estaba leyendo, sentado en el sillón de cuero heredado de su abuelo —“con buen cojín aunque con respaldo de madera”—. Leía *La busca*, la primera novela de la trilogía *La lucha por la vida* que Pío Baroja escribió en 1904. Hidalgo leía a Baroja aquella tarde de 1969, con 16 años, “porque sabía hacía tiempo que Baroja era para mí”. “Había llegado la hora de adentrarse en la literatura mayor y de mayores. Había otra vida que nos había permanecido vetada y velada. Baroja servía muy bien para tal fin, acumular dudas, nuevos dolores y asombros”, dice el escritor pamplonés ahora, 50 años después. Más que decir, lo escribe, en *Del balneario al monasterio*, el libro número 16 de la colección *Baroja & yo* que está publicando el sello navarro Ipsy Ediciones como homenaje a Baroja, una colección numerada de 25 libros de bolsillo de otros tantos autores que trasladan su relación con el célebre novelista, con las lecturas preferidas de su obra y con la actualidad de su literatura. Y la relación de Baroja y de Hidalgo es como la de un hilván, esa costura de puntadas largas.

“Hace años que me apasiona comprobar cómo el hilo de la vida trabaja misteriosamente, cómo hace hilvanos inesperados”, añade Hidalgo en su libro. Una idea que explicó el jueves, en la librería Walden, durante la presentación de *Del balneario al monasterio*: Hidalgo, al que encanta descubrir que de una forma inesperada la vida teje relatos, se considera “coleccionista de hilvanos”. “Uno es capaz de construir su propia vida y es fascinante que, tiempo después, el azar, el destino, lleva a otra circunstancia que conecta con la de hace 15, 20 o 30 años”, apuntó. A Hidalgo, los hilvanos de la vida, los acontecimientos inesperados, le han ido llevando de un modo u otro cerca de Baroja y de su mundo.

Novelista, guionista, periodista, columnista y crítico de cine y libros, la última aportación a la colección *Baroja & yo*, la que hace Hidalgo con *Del balneario al monasterio*, “responde al título de la colección”, quiso resaltar Ricardo Pita, amigo



Manuel Hidalgo, el jueves por la noche, poco antes de presentar *Del balneario al monasterio* en la librería Walden de Pamplona. J.A. GOÑI

del escritor pamplonés, bibliógrafo y presentador el jueves del acto. “*Baroja & yo*, es decir, Baroja y Manuel Hidalgo: está Baroja —lo que Manuel ha leído de Baroja y lo que los azares de la vida hacen que una trayectoria y otra coincidan con tantos años de diferencia— y está Manuel Hidalgo”.

El escritor pamplonés, que no es “ni muy experto ni un erudito en Baroja”, ha vivido tres etapas respecto del donostiarra: la adolescente y universitaria en la que le leyó hasta cansarse un día; una de cierto vacío de años, y una tercera que le ha llevado de nuevo a él. Es la lectura de “lo arbitrario: sus opiniones, artículos, crónicas de viajes, disparates, su mala idea, sus obsesiones...”. “Eso es lo que me ha parecido siempre estimulante, lo que me tiene más contento en Baroja en los últimos años”.

En *Del balneario al monasterio* ha mezclado “ideas sugerentes con cierto humor”, ensayo y autobiografía para plasmar las ideas y la vida de Baroja, las suyas y las de los demás. “Porque cuando uno habla de sí mismo habla de todos vosotros: lejos de la

pretensión de hablar de ti, está la modestia de hablar de los demás, porque la vida es muy parecida para todos. Y cuando uno cuenta lo suyo en realidad está contando lo de los demás”, señaló el pamplonés. Por eso, añadió, le impresionaron las distintas formas en que durante su niñez sintieron Pamplona ambos. El donostiarra, nacido en 1872 y que vivió en la capital navarra entre los 9 y los 13 años, pasó toda su vida trastornado tras haber visto en la Vuelta del Castillo a un ajusticiado con garrote vil.

“Y yo allí”, prosiguió Hidalgo sobre este lugar, “he jugado y he sido un niño feliz, pero vosotros también”, conminó al público que le escuchaba. “Y yo hablo por vosotros cuando digo que te llevaban allí la merienda, de nocilla o de chorizo Pamplonica, y que cogías lagartijas en la tapia de los cuarteles y les cortabas el rabo, y que quitabas las alas a las moscas para ver si volaban o no, y que te decían que no corrieras porque ibas a sudar y que, si sudabas, no bebieras del agua fría de la fuente que había allí, y tú bebías... Yo era feliz donde el niño aquel

que fue Baroja se quedó impresionado de por vida”. Una reflexión que su amigo Pita resumió diciendo: “Los mismos lugares tienen tonalidades sentimentales totalmente distintas para unos y otros”.

Tejiendo ese relato, Hidalgo escribe de Cestona, donde Baroja fue médico y al que el escritor pamplonés acudió “por curiosidad”, tras veranos escuchando a su abuela y su tío acudiendo allí para “tomar las aguas”. “Y mira por dónde llegas allí y Baroja ha estado allí, lo que sabes porque has leído *El árbol de la ciencia*”. El hilván lo continúa el monasterio del Paular, Córdoba, un cuadro de Miguel Viladrich en el Museo del Padro que admiró Hidalgo años después de haber leído la novela de Baroja que habla de esa tela *Las horas solitarias...*

Y de esta forma, indicó Hidalgo, también se relaciona la literatura con la vida. Así que está Baroja y su vida, la vida de Hidalgo y la vida del resto. De ahí su deseo el jueves: “Que encontréis cosas de Baroja y de vosotros mismos cuando leáis *Del balneario al monasterio*”.

Jamie Lee vuelve a casa por Halloween

5 MINUTOS DE FAMA

Íñigo Sota



JUNTO con Hannibal Lecter y Freddy Krueger, quizá Michael Myers sea uno de los asesinos cinematográficos más carismáticos de nuestra reciente cultura popular. Tanto que, desde este viernes, el villano enmascarado obsesionado con la víspera de Todos los Santos vuelve a las carteleras de la mano del director estadounidense David Gor-

don Green. En una secuela directa del título original *La noche de Halloween*, el clásico de John Carpenter de 1978, y con la vuelta de su protagonista, la eterna ‘reina del grito’ Jamie Lee Curtis. Ambos, como productores, además. Banda sonora original incluida. Ahí es nada. ¿Quién no recuerda ese inquietante piano que acompañaba los movimientos del psicópata por Haddonfield, mientras acechaba a las canguros antes de hacerlas pasar por la hoja de su machete?

Pude ver la película en el pasado Festival de Sitges y, como fanático de la saga y de esa primera entrega que soy, me costó ser objetivo en un primer momento. Pasé mi adolescencia tragando ficción de terror en general (*Carrie*, de Stephen King, fue una de las primeras novelas para adultos que leí) y películas *slasher* (subgénero con asesino enmascarado y muertes a

tutiplén) en particular, y solo volver a ver a Jamie Lee en pantalla con esa música de fondo me puso los pelos de punta.

En la historia original, ella era una canguro que conseguía escapar de las garras de Myers; en esta, una superviviente de casi sesenta años que, atormentada por aquel trauma, ha pasado los últimos cuarenta años preparándose para el enfrentamiento final con su hombre del saco.

No diré cómo, eso es mejor verlo, pero sí puedo adelantar que el giro que le han dado al personaje de Laurie Strode es absolutamente genial. Cuando, durante un traslado de centro penitenciario, Michael consigue escapar, curiosamente en Halloween, el festín de cuchilladas, sangre y tensión se desata para deleite de todos, tanto para quienes le conocemos como para las nuevas generaciones. Y

esa es su principal baza: funciona como secuela precisamente porque los guionistas han sabido hacer de ella, también, un film independiente que cualquiera puede entender sin haber visto la cinta original. Por lo demás, tiene alguna que otra coincidencia sospechosa, muy de serie B, pero fácil de perdonar, como cierto giro argumental que te saca totalmente de la historia. No obstante, ver a una Laurie Strode reconvertida en una especie de Sarah Connor obsesionada (con razón) con el mal no tiene precio.

En una entrevista con un medio norteamericano, el periodista le pidió a Curtis que titulara esta nueva secuela y ella dijo: “Halloween: Retold” (Halloween: Recontado). Tiene su gracia porque, dicho así, parece que hablaba más de una secuela, pero si se analiza bien la historia,

uno cae en la cuenta rápidamente: es un estupendo rescate de los personajes de la original para adaptar una historia de terror seminal a nuestros tiempos. Creo que, junto con Halloween H20 (Steve Miner, 1998), esta podría ser la mejor secuela de la saga. Eso sí, poco más van a poder estirar el chicle, a juzgar por el final que han dado a este choque de trenes. En cualquier caso, y a los datos de recaudación de me remito (casi 80 millones de dólares en su primer fin de semana en Estados Unidos —costó diez—, y segundo mejor estreno de terror de todos los tiempos), creo que es momento de afirmar que los productos sucedáneos (*remakes*, *secuelas*, *presecuelas* y *reboots*) viven ahora su edad de oro. A quien no lo crea o simplemente los rechace por inercia, le haría una pregunta: ¿no resulta fascinante cómo una décima secuela de una saga puede despertar semejante interés? Retórica.

Video en <https://www.youtube.com/watch?v=dPA9kUXKEHI>